

Jacques Lacan

**Seminario 10
1962-1963**

LA ANGUSTIA

18

15 de MAYO de 1963¹

Si partimos de la función del objeto en la teoría freudiana, objeto oral, objeto anal, objeto fálico — ustedes saben que yo pongo en duda que el objeto genital sea homogéneo a la serie — todo lo que ya he esbozado, tanto en mi enseñanza pasada como más especialmente en la del año pasado, les indica que este objeto definido en su función por su lugar como *a*, el resto de la dialéctica del sujeto con el Otro, que la lista de estos objetos debe ser completada. El *a*, objeto que funciona como resto de esta dialéctica, desde luego que tenemos que definirlo en el campo del deseo, a otros niveles, de los que les he indicado bastante al respecto para que ustedes sientan, si quieren, que, groseramente, es algún corte que sobreviene en el campo del ojo y del que es función el deseo vinculado a la imagen. Otra cosa, más allá de lo que

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción*. Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta traducción, véase, al final de esta clase, el **Anexo 1**.

ya conocemos y donde encontraremos ese carácter de certeza fundamental ya localizado por la filosofía tradicional y articulado por Kant bajo la forma de la conciencia, es ahí que este modo de abordaje, bajo *la forma*² del *a*, nos permitirá situar en su lugar lo que hasta aquí se presentó como enigmático bajo la forma de cierto imperativo llamado categórico.

El camino por donde procedemos, que revivifica toda esta dialéctica por el abordaje mismo que es el nuestro, a saber, el deseo, este camino por donde procedemos este año, que es la angustia, lo he elegido porque es el único que nos permite hacer, introducir una nueva claridad en cuanto a la función del objeto por relación al deseo.

¿Cómo — esto es lo que mi lección de la vez pasada quiso presentificar ante ustedes — cómo todo un campo de la experiencia humana, experiencia que se propone como la de una forma, una especie de salvación, la experiencia búdica, ha podido postular en su principio que el deseo es ilusión? ¿Qué quiere decir esto? Es fácil sonreír por la rapidez de la aserción de que todo no es nada. También, les dije, no es de eso que se trata en el budismo.

Pero si, para nuestra experiencia, esta aserción de que el deseo no es más que ilusión puede también tener un sentido, se trata de saber por dónde puede introducirse el sentido y, para decirlo de una vez, dónde está el señuelo.

El deseo, yo les enseño a localizarlo, a ligarlo a la función del corte, a ponerlo en cierta relación con la función del resto. Ese resto es lo que lo sostiene, lo que lo anima, y eso es lo que enseñamos a localizar en la función analítica del objeto parcial.

Sin embargo, otra cosa es la falta a la que está ligada la satisfacción. Esa distancia del lugar de la falta en su relación con el deseo como estructurado por el fantasma, por la vacilación del sujeto en su relación con el objeto parcial, esa no coincidencia de la falta que está en juego con la función del deseo, si puedo decir, en acto, eso es lo que crea la angustia, y sólo la angustia resulta que apunta a la verdad de esa falta. Es por eso que en cada nivel, en cada etapa de la estructura-

² *el ángulo*

ción del deseo, si queremos comprender de qué se trata en esa función que es la del deseo, debemos localizar lo que llamaré el punto de angustia.

Esto va a hacernos volver atrás, y, en un movimiento comandado por toda nuestra experiencia, puesto que todo sucede como si, habiéndose llegado con la experiencia de Freud a toparse con un impase, impase que yo promuevo como no siendo más que aparente y hasta aquí jamás franqueado, el del complejo de castración, todo sucede como si este escollo que queda por explicar — lo que quizás nos permitirá concluir hoy sobre alguna afirmación concerniente a lo que quiere decir la obstinación de Freud sobre el complejo de castración — y por el momento, recordemos su consecuencia en la teoría analítica: algo como un reflujo, como un retorno que lleva a la teoría a buscar en última instancia el funcionamiento más radical de la pulsión en el nivel oral.

Es singular que un análisis, que un punto de vista que, inauguralmente, ha sido el de la función nodal en toda la formación del deseo de lo que es propiamente sexual, haya sido en el curso de su evolución histórica cada vez más conducido a buscar el origen de todos los accidentes, de todas las anomalías, de todas las hiancias que pueden producirse a nivel de la estructuración del deseo en algo de lo que no es decir todo que es cronológicamente original, la pulsión oral, sino de lo que todavía hay que justificar que sea estructuralmente original; es a ella que, al fin de cuentas, debemos reconducir el origen y la etiología de todos los obstáculos con que tenemos que vérnoslas.

También he abordado ya lo que, creo, debe reabrir para nosotros la cuestión de esta reducción a la pulsión oral, mostrando en ella esa manera con que, actualmente, funciona, a saber, como un modo metafórico de abordar lo que sucede a nivel del objeto fálico, una metáfora que permite eludir lo que hay de impase creado por el hecho, que jamás fue resuelto por Freud, en último término, lo que es el funcionamiento del complejo de castración, lo que de alguna manera lo vela, lo que permite hablar de él sin encontrar el impase.

Pero si la metáfora es justa, debemos, en su nivel propio, ver el esbozo de lo que está en juego, de aquello por lo cual ella no es aquí más que metáfora. Y es por eso que es en el nivel de esta pulsión oral

que, ya una vez, traté de retomar la función relativa del corte del objeto, del lugar de la satisfacción y del de la angustia. Para dar el paso que ahora nos es propuesto, a donde los llevé la vez pasada, es decir, el punto de confluencia entre el *a* funcionando como $(-\phi)$, es decir, el complejo de castración, y ese nivel que llamaremos visual o espacial, según la cara por donde vayamos a considerarlo, que es, hablando con propiedad, aquel donde podemos ver mejor lo que quiere decir el señuelo del deseo. Para poder hacer funcionar ese pasaje que es nuestro fin hoy, debemos trasladarnos por un momento hacia atrás, volver al análisis de la pulsión oral, para preguntarnos, para precisar bien dónde está, a ese nivel, la función del corte.

El lactante y el seno, he ahí aquello alrededor de lo cual han venido a **concentrarse**³ para nosotros todas las nubes de la dramaturgia del análisis, el origen de las primeras pulsiones agresivas, de su reflexión, incluso de su **retorsión**⁴, la fuente de las cojeras más fundamentales en el desarrollo libidinal del sujeto.

Retomemos pues esta temática que — no conviene olvidarlo — está fundada sobre un acto original, esencial para la subsistencia biológica del sujeto en el orden de los mamíferos, el de la succión.

¿Qué hay, qué es lo que funciona en la succión? Aparentemente, los labios, los labios donde volvemos a encontrar el funcionamiento de lo que nos ha aparecido como esencial en la estructura de la erogeneidad, la función de un borde.

Que el labio presente el aspecto de algo que es, de alguna manera, la imagen misma del borde, del corte, ahí tenemos en efecto algo que debe indicarnos, después que el año pasado he tratado de figurar para ustedes, en la topología, definir para ustedes *a*, ahí hay algo que debe hacernos sentir que estamos en un terreno seguro.

También, está claro que el labio, él mismo encarnación, si podemos decir, de un corte, que el labio singularmente nos evoca lo que tendrá, en un nivel muy diferente, en el nivel de la articulación signifi-

³ **confrontarse**

⁴ **retención**

cante, en el nivel de los fonemas más fundamentales, los más ligados al corte, los elementos consonánticos del fonema, suspensión de un corte, estando para su *stock* más basal esencialmente modulados a nivel de los labios.

Volveré quizá, si tenemos tiempo, sobre lo que ya he indicado varias veces de la cuestión de las palabras fundamentales y de su especificidad aparente, “mamá” y “papá”. Estas son articulaciones, en todo caso, labiales, incluso si algo puede poner en duda su repartición, aparentemente específica, aparentemente general, si no universal.

Que el labio, por otra parte, sea el lugar donde, simbólicamente, puede ser **retomada**⁵, bajo forma de ritual, la función del corte, que el labio sea algo que pueda ser, a nivel de los ritos de iniciación, perforado, estirado, triturado de mil formas, eso es también lo que nos da la señal de que estamos en un campo vivo y, desde hace mucho tiempo, en las praxis humanas, reconocido.

¿Eso es todo? Hay tras el labio lo que Homero llama “el recinto de los dientes” y la mordedura. Es alrededor de eso que hacemos jugar, en la manera con que actuamos con la dialéctica de la pulsión oral, su temática agresiva, el aislamiento fantasmático de la extremidad del seno, del pezón, esa virtual mordedura, implicada por la existencia de una dentición llamada lactal, es alrededor de eso que hemos hecho girar la posibilidad del fantasma de la extremidad del seno como aislada, algo que ya se presenta como un objeto no solamente parcial sino seccionado. Es por ahí que se introducen, en los primeros fantasmas que me permiten concebir la función del despedazamiento como inaugurante, es con eso que, en verdad, nos hemos contentado hasta ahora.

¿Esto quiere decir que podamos mantener esa posición? Ustedes lo saben, porque, ya, en un seminario que es, si mal no recuerdo, el que dí el 6 de marzo, acentué cómo toda la dialéctica llamada del destete, de la separación, debía ser retomada, en función misma de lo que, en nuestra experiencia, nos permitió ampliarla, de lo que se nos presentó como sus resonancias, sus repercusiones naturales, a saber, **el*

⁵ **tomada**

destete y la separación primordial, a saber, la del nacimiento.*⁶ Y la del nacimiento, si la consideramos con atención, si ponemos en ella un poco más de fisiología, es muy apropiada para esclarecernos.

El corte, les dije, está en otra parte que allí donde lo ponemos. No está condicionado por la agresión sobre el cuerpo materno. El corte, como nos lo enseña el análisis, si sostenemos — y justificadamente — si hemos reconocido en nuestra experiencia que hay analogía entre el destete oral y el destete del nacimiento, el corte es interior a la unidad individual, primordial, tal como ésta se presenta a nivel del nacimiento, donde el corte se produce entre lo que va a convertirse en el individuo arrojado al mundo exterior y sus envolturas, las que forman parte de él mismo, las que son, en tanto que elementos del huevo, homogéneas a lo que se ha producido en el desarrollo ovular, las que son prolongación directa de su ectodermo, como de su endodermo, las que forman parte de él mismo. La separación se produce en el interior de la unidad que es la del huevo.

Ahora bien, el acento que entiendo que estoy poniendo aquí, se sostiene en la especificidad en la estructura organísmica de la organización llamada mamífera. Lo que, para la casi totalidad de los mamíferos, especifica el desarrollo del huevo, es la existencia de la placenta, e incluso de una placenta completamente especial, la que se llama corio-alantoidea, aquella por medio de la cual, bajo toda una faz de su desarrollo, el huevo, en su posición intrauterina, se presenta en una relación semi-parasitaria con el organismo de la madre.

Algo en el estudio del conjunto de esta organización mamífera, algo es para nosotros *sugestivo*⁷, indicativo. A cierto nivel de la aparición de esta estructura organísmica, especialmente el de dos órdenes, si podemos decir, como se los llama, los más primitivos del conjunto de los mamíferos, especialmente el de los monotremas y el de los marsupiales, tenemos la noción, en los marsupiales, de la existencia de otro tipo de placenta, no corio-alantoidea, sino corio-vitelina. No nos detenemos en este matiz; pero en los monotremas — pienso que, desde la infancia, tienen ustedes al menos la imagen, bajo la for-

⁶ *la del nacimiento.*

⁷ {*suggestif*} — *subjetivo {*subjectif*}*

ma de esos animales que, en el *Petit Larousse*, hormiguean en pandi-llas, como apretujándose a la puerta de una nueva arca de Noé, es decir, que hay dos de ellos, algunas veces solamente uno por especie, ustedes tienen la imagen del ornitorrinco, y también la imagen de lo que se llama el tipo equidna.

Son mamíferos. Son mamíferos en los cuales el huevo, aunque puesto en un útero, no tiene ninguna relación placentaria con el organismo materno. La mama sin embargo ya existe. La mama, en su relación esencial, como definiendo la relación del retoño con la madre, la mama ya existe a nivel del monotrema, del ornitorrinco, y hace ver mejor en este nivel cuál es su función original.

Para aclarar inmediatamente lo que entiendo decir aquí, diré que la mama se presenta como algo intermediario, y que es entre la mama y el organismo materno que tenemos que concebir que reside el corte. Antes incluso de que la placenta nos manifieste que la relación nutricia, a un cierto nivel del organismo vivo, se prolonga más allá de la función del huevo que, cargado con todo el bagaje que permite su desarrollo, hará reunirse al hijo con sus genitores, en una experiencia común de búsqueda de alimento, tenemos esa función de relación, que he llamado parasitaria, esa función ambigua donde interviene este órgano amboceptor; la relación del niño, dicho de otro modo, con la mama, es homológica — y lo que nos permite decirlo, es que es más primitiva que la aparición de la placenta — es homológica a algo que hace que haya, de un lado, el niño y la mama, y que la mama esté de alguna manera aplicada, implantada sobre la madre; esto es lo que permite a la mama funcionar estructuralmente a nivel del a .

Es porque el a es algo de lo que el niño está separado de una manera en cierto modo interna a la esfera de su existencia propia, que es verdaderamente el a minúscula.

Van a ver lo que resulta como consecuencia de esto: el lazo de la pulsión oral se produce con este objeto amboceptor. Lo que constituye el objeto de la pulsión oral, es lo que habitualmente llamamos el objeto parcial, el seno de la madre. ¿Dónde está, a ese nivel, lo que hace un rato llamé el punto de angustia? Está justamente más allá de esta esfera, pues el punto de angustia está a nivel de la madre. La angustia de la falta de la madre en el niño, es la angustia del agotamiento del

seno. El punto de angustia no se confunde con el lugar de la relación con el objeto del deseo.

La cosa está singularmente figurada por esos animales que, de una manera completamente inesperada, hice surgir ahí, bajo el aspecto de esos representantes del orden de los monotremas. Efectivamente, todo ocurre como si esta imagen de organización biológica hubiera sido fabricada por algún creador previsor, para manifestarnos la verdadera relación que existe a nivel de la pulsión oral con ese objeto privilegiado que es la mama. Pues, lo sepan ustedes o no, el pequeño ornitorrinco, tras su nacimiento, permanece un cierto tiempo fuera de la cloaca, en un lugar situado sobre el vientre de la madre, llamado *incubatorium*. En ese momento está todavía dentro de las envolturas, que son las envolturas de una suerte de huevo duro, de donde él sale, de donde él sale con la ayuda de un diente llamado diente de eclosión, doblado, puesto que hay que ser precisos, por algo que se sitúa a nivel de su labio superior y que se llama carúncula.

Estos órganos no le son específicos. Ya existen antes de la aparición de los mamíferos. Esos órganos que permiten a un feto salir del huevo existen ya a nivel de la serpiente, donde son especializados, no teniendo las serpientes, si mal no recuerdo, más que el diente llamado de eclosión, mientras que otras variedades, reptiles, más exactamente — no son serpientes — especialmente las tortugas y los cocodrilos, sólo tienen la carúncula.

Lo importante es esto: es que parece que la mama, la mama de la madre del ornitorrinco, tuviera necesidad de la estimulación de esa punta incluso armada que presenta el hocico del pequeño ornitorrinco, para desencadenar, si podemos decir, su organización y su función, y que parece que, durante unos ocho días, fuera preciso que ese pequeño ornitorrinco se dedique al desencadenamiento de lo que parece mucho más suspendido a su presencia, a su actividad, que a algo que se sostenga también en el organismo de la madre; también, por otra parte, nos da curiosamente la imagen de una relación, de alguna manera, invertida con la de la protuberancia mamaria, puesto que esas mamas del ornitorrinco son mamas en cierto modo en hueco, donde el pico del pequeño se inserta. Es aquí, más o menos, donde estarían los elementos glandulares, los lóbulos productores de la leche. Es ahí que ese

hocico ya armado, que todavía no se ha endurecido bajo la forma de un pico, como ocurrirá más tarde, que ese hocico viene a alojarse.

La existencia, entonces, de la distinción de dos puntos originales, en la organización mamífera, la relación con la mama, como tal, que seguirá siendo estructurante para la subsistencia, el sostén, de la relación con el deseo, por el mantenimiento de la mama, especialmente, como objeto que ulteriormente se convertirá en el objeto fantasmático, y por otro lado, la situación en otra parte, en el *Otro*⁸, a nivel de la madre y de alguna manera no coincidente, deportado, del punto de angustia como siendo aquel donde el sujeto tiene relación con lo que está en juego, con su falta, con aquello a lo que está suspendido.

La existencia del organismo de la madre, ahí está lo que nos está permitido estructurar de una manera más articulada por esta sola consideración de una fisiología que nos muestra que el *a* es un objeto separado del organismo del niño, que la relación con la madre es, a ese nivel, una relación sin duda esencial, que, por relación a esa totalidad orgánsmica donde el *a* se separa, se aísla y es desconocido además como tal, como habiéndose aislado de ese organismo, esa relación con la madre, la relación de falta, se sitúa más allá del lugar donde se ha jugado la distinción del objeto parcial como funcionando en la relación del deseo.

Desde luego, la relación es más compleja todavía, y la existencia en la función de la succión, al lado de los labios, la existencia de ese órgano enigmático y desde hace mucho tiempo situado como tal — acuérdense de la fábula de Esopo — que es la lengua, nos permite igualmente hacer intervenir a ese nivel algo que, en las subyacencias de nuestro análisis, está ahí para alimentar la homología con la función fálica y su disimetría singular, aquella sobre la cual vamos a volver en seguida, esto es, a saber, que la lengua desempeña a la vez, en la succión, ese papel esencial de funcionar por medio de lo que podemos llamar aspiración, sostén de un vacío, cuya potencia de llamado es esencialmente lo que permite a la función ser efectiva, y, por otra parte, ser algo que puede darnos la imagen de la salida de eso más íntimo, de ese secreto de la succión, darnos, bajo una primera forma, algo que quedará — se los he señalado — en estado de fantasma, en el

⁸ *otro*

fondo, todo lo que podemos articular alrededor de la función fálica, a saber, el volverse del revés del guante, la posibilidad de una eversión de lo que está en lo más profundo del secreto del interior.

Que el punto de angustia esté más allá del lugar donde juega la función, más allá del lugar donde se asegura el fantasma en su relación esencial con el objeto parcial, esto es lo que aparece en esa prolongación del fantasma que hace imagen, que siempre permanece más o menos subyacente al crédito que damos a cierto modo de la relación oral, el que se expresa bajo la imagen de la función llamada del vampirismo.

Es verdad que el niño, si es, en tal modo de su relación con la madre, un pequeño vampiro, si se plantea como organismo suspendido por un tiempo en posición parasitaria, no es menos cierto sin embargo que tampoco es ese vampiro, a saber, que en ningún momento es ni con sus dientes, ni en la fuente, que va a buscar en la madre, la fuente viva y cálida de su alimento.

Sin embargo, la imagen del vampiro, por mítica que sea, está ahí para revelarnos, por el aura de angustia que la rodea, la verdad de esa relación más allá, que se perfila en la relación del mensaje, la que le da su acento más profundo, el que añade la dimensión de una posibilidad de la falta realizada más allá de lo que la angustia encubre de temores virtuales — el agotamiento del seno. Lo que cuestiona como tal la función de la madre es una relación que se distingue, en tanto que se perfila en la imagen del vampirismo, que se distingue como una relación angustiante. Distinción, por lo tanto, lo subrayo bien, de la realidad del funcionamiento orgánico con lo que se esboza de él más allá. Eso es lo que nos permite distinguir el punto de angustia del punto de deseo. Lo que nos muestra que a nivel de la pulsión oral el punto de angustia está a nivel del *Otro*⁹, es que es ahí que lo experimentamos.

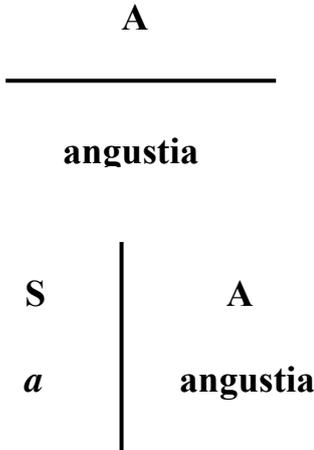
⁹ *otro* — la versión **JL** siempre transcribe *otro* donde las otras versiones suelen transcribir *Otro*.

Freud nos dice: “La anatomía es el destino”.¹⁰ Ustedes lo saben, yo me he, he podido, en ciertos momentos, sublevarme contra esta fórmula por lo que puede tener de incompleto. Ella se vuelve verdadera, ustedes lo ven, si damos al término “anatomía” su sentido estricto y, si puedo decir, etimológico, el que pone de relieve — ana-tomía — la función del corte, aquello por lo cual todo lo que conocemos de la anatomía está ligado a la vivisección. Y en tanto que es concebible ese despedazamiento, ese corte del cuerpo propio que ahí es lugar de los momentos elegidos de funcionamiento, es en tanto que el destino, es decir, la relación del hombre con esa función que se llama el deseo, toma toda su animación.

La *separtición* {*sépartition*} fundamental, no separación {*séparation*}, sino partición {*partition*} en el interior, he ahí lo que se encuentra, desde el origen y desde el nivel de la pulsión oral, inscripto en lo que será estructuración del deseo. De dónde el asombro, en consecuencia, de que hayamos llegado a ese nivel para encontrar alguna imagen más accesible para lo que ha quedado para nosotros — ¿por qué? — siempre, hasta hoy, como paradoja, a saber que, en el funcionamiento fálico, en el que está ligado a la copulación, está también la imagen de un corte, de una separación, de lo que impropriamente llamamos castración, puesto que es una imagen de eviración la que funciona. Sin duda no es por azar, ni, sin duda, inoportunamente, que hayamos ido a buscar, en los fantasmas más antiguos, la justificación de lo que no sabíamos muy bien cómo justificar a nivel de la fase fálica; conviene señalar, sin embargo, que a este nivel se ha producido algo que va a permitirnos ubicarnos en toda la dialéctica ulterior.

¹⁰ “La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parafraseando una sentencia de Napoleón, «la anatomía es el destino».” — *cf.* Sigmund FREUD, «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924), en *Obras Completas*, Volumen 19, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, p. 185. Pero la referencia a Napoleón no sólo argumenta en Freud las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos: “Lo excrementicio forma con lo sexual una urdimbre demasiado íntima e inseparable, la posición de los genitales —*inter urinas et faeces*— sigue siendo el factor decisivo e inmutable. Podría decirse aquí, parodiando un famoso dicho del gran Napoleón: «La anatomía es el destino».” — *cf.* Sigmund FREUD, «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)» (1912), en *Obras Completas*, Volumen 11, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, p. 183.

¿Cómo, en efecto, tal como acabo de enunciárselos, cómo, en efecto, ha ocurrido la repartición *{répartition}*, en el nivel topológico que les he enseñado a distinguir, del deseo, de su función, y de la angustia?



El punto de angustia está a nivel del *Otro*¹¹, a nivel del cuerpo de la madre. El funcionamiento del deseo, es decir del fantasma, de la vacilación que une estrechamente al sujeto con el *a*, aquello por lo cual el sujeto se encuentra esencialmente suspendido, identificado a ese *a*, resto, resto siempre elidido, siempre oculto, que nos es preciso detectar, subyacente a toda relación del sujeto con un objeto cualquiera, ustedes lo ven aquí, y, para llamar arbitrariamente aquí S al nivel del sujeto, lo que, en mi esquema, si ustedes quieren, mi esquema del florero reflejado en el espejo del Otro, se encuentra más acá de ese espejo, he ahí dónde, a nivel de la pulsión oral, se encuentran las relaciones.

El corte, les dije, es *interno al*¹² campo del sujeto. El deseo funciona — ahí volvemos a encontrar la noción freudiana de auto-erotismo — en el interior de un mundo que, aunque estallado, lleva la huella de su primera clausura, en el interior de lo que resta, imaginario, virtual, de la envoltura del huevo.

¹¹ *otro*

¹² *un término en el*

¿Qué va a ser de eso en el nivel donde se produce el complejo de castración? En este nivel asistimos a una verdadera inversión, del punto de deseo y del lugar de la angustia.

Si algo es promovido por el modo, sin duda todavía imperfecto, pero cargado con todo el relieve de una penosa conquista, hecha paso a paso, esto desde el origen del descubrimiento freudiano, que lo reveló en la estructura, es la relación estrecha de la castración, de la relación con el objeto, en la relación fálica, como continente implícito de la privación del órgano.

Si no hubiera Otro — y poco importa que aquí a ese otro lo llamemos la madre castradora o el padre de la interdicción original — no habría castración.

La relación esencial de esta castración, en adelante, con todo el funcionamiento copulatorio, nos ha incitado aquí, de ahora en más, a ensayar — después de todo, según la indicación del propio Freud, quien precisamente nos dice que a ese nivel, sin que nada lo justifique sin embargo, es con cierta roca biológica que nos topamos — nos ha incitado así a articular como yaciendo en una particularidad de la función del órgano copulatorio en determinado nivel biológico — se los hice observar a otros niveles, en otros órdenes, en otras ramas animales, el órgano copulatorio es un gancho, es un órgano de fijación, y puede ser llamado órgano macho de la manera más sumariamente analógica — nos indica suficientemente que conviene distinguir el funcionamiento particular, a nivel de organizaciones animales llamadas superiores, de ese órgano copulatorio. Es esencial no confundir *sus*¹³ avatares, especialmente el mecanismo de la tumescencia y de la detumescencia, con algo que, por sí, sea esencial para el orgasmo.

Sin ninguna duda, nos hallamos ahí, si puedo decir, en lo que podemos llamar *la limitación*¹⁴ de la experiencia. Ya les dije que no vamos a tratar de concebir lo que puede ser el orgasmo en una relación copulatoria estructurada de otro modo. Por lo demás, hay suficientes espectáculos naturales impresionantes *en los que* a ustedes les al-

¹³ {ses} — *estos {ces}*

¹⁴ {la limitation} — *la imitación {l'imitation}*

canza con pasearse a la tarde por el borde de un estanque, para ver volar, estrechamente anudadas, a dos libélulas, y este espectáculo único puede decir bastante sobre lo que podemos concebir como siendo un “largo-orgasmo”, si me permiten construir un término, metiendo en éste un guión. E igualmente, no es por nada que evoqué la imagen, aquí, fantasmática del vampiro, que no es soñada ni concebida de otro modo, por la imaginación humana, que como ese modo de fusión o de sustracción primera a la fuente misma de la vida, donde el sujeto agresor puede encontrar la fuente de su goce. Seguramente, la existencia misma del mecanismo de la detumescencia en la copulación de los organismos más análogos al organismo humano, basta ya por sí sola para marcar el vínculo del orgasmo con algo que se presenta verdaderamente como la primera imagen, el esbozo de lo que podemos llamar el corte, separación, aflojamiento, afanisis, desaparición en determinado momento de la función del órgano.

Pero entonces, si tomamos las cosas por este sesgo, reconocemos que el homólogo del punto de angustia, en este caso, se encuentra en una posición estrictamente invertida a aquella donde se encontraba a nivel de la pulsión oral. El homólogo del punto de angustia, es el orgasmo mismo, como experiencia subjetiva. Y esto es lo que nos permite justificar lo que la clínica nos muestra de manera muy frecuente, a saber, la suerte de equivalencia fundamental que hay entre el orgasmo y al menos algunas formas de la angustia. La posibilidad de la producción de un orgasmo en la cima de una situación angustiante, la erotización, se nos dice por todas partes, la erotización eventual de una situación angustiante buscada como tal, e inversamente, un modo de esclarecer lo que constituye, si creemos en el testimonio humano universalmente renovado — vale la pena, después de todo, señalar que alguien, y alguien del nivel de Freud, se atreve a escribirlo — la atestación de este hecho de que no hay nada que sea, al fin de cuentas, que represente, al fin de cuentas, para el ser humano, mayor satisfacción que el orgasmo mismo, una satisfacción que seguramente supera, para poder ser articulada así, no solamente ser sopesada, sino ser puesta en función de primacía y de prelación, por relación a todo lo que le puede ser dado experimentar al hombre, si la función del orgasmo puede alcanzar esa eminencia, ¿acaso no es porque en el fondo del orgasmo realizado hay algo que he llamado la certeza ligada a la angustia? ¿Acaso no es porque en la medida en que el orgasmo es la realización misma de lo que la angustia indica como referencia, como dirección

del lugar de la certeza, que el orgasmo, de todas las angustias, es la única que, realmente, se acaba? Del mismo modo, es precisamente por eso que el orgasmo no es tan común de alcanzar, y que, si nos está permitido indicar su eventual función en el sexo donde justamente no hay realidad fálica más que bajo la forma *de una sombra*¹⁵, es también en ese mismo sexo que el orgasmo sigue siendo para nosotros lo más enigmático, lo más cerrado, quizá hasta ahora jamás auténticamente situado en su última esencia.

¿Qué nos indica este paralelo, esta simetría, esta *reversión*¹⁶ establecida en la relación del punto de angustia y del punto de deseo, sino que en ninguno de los dos casos ellos coinciden? Y es aquí, sin duda, que debemos ver la fuente del enigma que nos es legado por la experiencia freudiana.

En toda la medida en que la situación del deseo, virtualmente implicada en nuestra experiencia, cuya trama entera, si puedo decir, no está sin embargo verdaderamente articulada en Freud, el fin del análisis tropieza sobre algo que hace tomar la forma del signo implicado en la relación fálica, el (ϕ), en tanto que funciona estructuralmente como ($-\phi$), que le hace tomar esta forma al ser el correlato esencial de la satisfacción.

Si, al fin del análisis freudiano, el paciente, como quiera que sea, varón o hembra, nos reclama el falo que le debemos, es en función de algo insuficiente por lo cual, la relación del deseo con el objeto que es fundamental, no es distinguida a cada nivel de lo que está en juego como falta constituyente de la satisfacción.

El deseo es ilusorio. ¿Por qué? Porque siempre se dirige a otra parte, a un resto, a un resto constituido por la relación del sujeto con el *Otro*¹⁷ que viene allí a sustituirse.

¹⁵ {*d'une ombre*} — *del número {*du nombre*}*

¹⁶ {*réversion*} — *reserva {*réservation*}*

¹⁷ *otro*

Pero esto deja abierto el lugar donde puede ser encontrado lo que designamos con el nombre de certeza. Ningún falo para siempre, ningún falo omnipotente es de una naturaleza tal como para cerrar la dialéctica de la relación del sujeto con el Otro y con lo real, por algo cualquiera que sea de un orden apaciguante. ¿Esto quiere decir que si ahí tocamos la función estructurante del señuelo, debiéramos atenernos a ella, confesar que nuestra impotencia, nuestro límite es el punto donde se quiebra la distinción del análisis finito con el análisis indefinido? Creo que no es nada de eso. Y es aquí que interviene lo que está oculto en el nervio más secreto de lo que anticipé hace mucho tiempo ante ustedes, bajo las especies del estadio del espejo, y lo que nos obliga a tratar de ordenar, en la misma relación, deseo, objeto y punto de angustia, lo que está en juego cuando interviene ese nuevo objeto *a* del que la última lección era la introducción, la puesta en juego, a saber, el ojo.

Desde luego, este objeto parcial no es nuevo en el análisis, y aquí no tendré más que evocar el artículo del autor más clásico, el más universalmente aceptado en el análisis, concretamente el señor Fenichel, sobre el tema de las relaciones de la función escoptofílica con la identificación e incluso las homologías que va a descubrir entre las relaciones de esa función con la relación oral.¹⁸

Sin embargo, todo lo que ha sido dicho sobre este tema puede con motivo parecer insuficiente. El ojo no es un asunto que nos remita sólo al origen de los mamíferos, ni siquiera de los vertebrados, ni siquiera de los cordados; el ojo aparece en la escala animal de una manera extraordinariamente diferenciada, y en toda su apariencia anatómica, semejante esencialmente a aquel del que somos portadores, a nivel de organismos que no tienen con nosotros nada en común.

No hay necesidad — ya lo he repetido muchas veces, y las imágenes que aquí he tratado de volver funcionales — de recordar que el ojo existe a nivel de la mantis religiosa, pero también a nivel, igualmente, del pulpo. Quiero decir, el ojo, con esta particularidad de la que debemos, desde el principio, introducir esta observación: que es

¹⁸ Otto FENICHEL, «The Scoptophilic Instinct and Identification», *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 18, 1937. — Información proporcionada por Diana Estrin, *Lacan día por día*, editorial pieatierra, Buenos Aires, 2002.

un órgano siempre doble, y un órgano que funciona, en general, en dependencia de un quiasma, es decir, que está ligado al nudo entrecruzado que liga dos partes que llamamos “simétricas” del cuerpo.

La relación del ojo con una simetría al menos aparente — pues ningún organismo es integralmente simétrico — es algo que para nosotros debe entrar eminentemente en consideración. Si hay algo que mis reflexiones de la vez pasada, acuérdense de ellas, a saber, la función radical del espejismo, que está incluida desde el primer funcionamiento del ojo, ese hecho de que el ojo es ya espejo e implica, de alguna manera, ya *en* su estructura, el fundamento, si podemos decir, “estético trascendental” de un espacio constituido, es algo que debe ceder el lugar a esto: que, cuando hablamos de esa estructura trascendental, del espacio, como de un dato irreductible de la aprehensión estética de cierto campo del mundo, esa estructura no excluye más que una cosa: la de la función del propio ojo, de lo que él es.

De lo que se trata es de encontrar las huellas de esta función excluida que ya se indica suficientemente para nosotros como homóloga de la función del *a* en la fenomenología de la visión misma. Es aquí que no podemos proceder sino por puntuación, indicación, observación.

Seguramente, desde hace mucho tiempo, todos aquéllos, especialmente los místicos, que se dedicaron a lo que yo podría llamar el realismo del deseo, para quienes toda tentativa de alcanzar lo esencial se indicó como superando algo envascante que hay en una apariencia que nunca es concebida más que como apariencia visual, aquéllos ya nos pusieron en la vía de algo de lo que también testimonian todo tipo de fenómenos naturales, a saber éste que, fuera de un registro tal, permanece enigmático, a saber, dije, las apariencias llamadas miméticas que se manifiestan en la escala animal exactamente en el mismo nivel, en el mismo punto en que aparece el ojo. En el nivel de los insectos, donde podemos asombrarnos — por qué no — de que un par de ojos sea un par hecho como el nuestro, en ese mismo nivel, aparece esta existencia de una doble mancha con la que los fisiólogos, sean evolucionistas o no lo sean, se rompen la cabeza preguntándose qué es lo que precisamente puede condicionar algo cuyo funcionamiento, en todo caso, es el de, sobre el otro, predador o no, el de una fascinación.

La relación del par de ojos y, si ustedes quieren, de la mirada con un elemento de fascinación, en sí mismo enigmático, con ese punto intermediario, donde toda subsistencia subjetiva parece perderse, y absorberse, salir del mundo, esto es precisamente lo que llamamos fascinación, en la función de la mirada. Ahí está el punto, si puedo decir, de irradiación, que nos permite cuestionar, de una manera más apropiada, lo que nos revela, en la función del deseo, el campo de la visión. Es igualmente llamativo que, en la tentativa de aprehender, de razonar, de logicizar el misterio del ojo, y esto a nivel de todos aquellos que se dedicaron a esta forma de captura mayor del deseo humano, el fantasma del tercer ojo se manifieste por doquier. No tengo necesidad de decirles que sobre las imágenes de Buda que puse de manifiesto la vez pasada, el tercer ojo, de alguna manera, está siempre indicado. ¿Tengo necesidad de recordarles que ese tercer ojo que es promulgado, promovido, articulado en la más antigua tradición mágico-religiosa, que ese tercer ojo rebota hasta a nivel de Descartes? — quien, cosa curiosa, no va a encontrar su sustrato sino en un órgano regresivo, rudimentario, el de la epífisis, de la que quizá podamos decir que en un punto de la escala animal algo aparece, se realiza, que llevaría la huella de una antigua emergencia. Pero esto no es, después de todo, otra cosa que ensoñación. No tenemos ningún testimonio, fósil u otro, de la existencia de una emergencia de ese aparato llamado “tercer ojo”.

En este modo de abordaje de la función del objeto parcial, que es el ojo, en este nuevo campo de su relación con el deseo, lo que aparece como correlativo del *a* minúscula, función del objeto del fantasma, es algo que podemos llamar un punto cero, cuyo despliegue por todo el campo de la visión es lo que da a ese campo, fuente para nosotros de una suerte de apaciguamiento traducido desde hace mucho, desde siempre, con el término de contemplación, de suspensión del desgarramiento del deseo, suspensión por cierto frágil, tan frágil como un telón siempre pronto a replegarse para desenmascarar el misterio que oculta. Ese punto cero hacia el cual la imagen búdica parece llevarnos en la medida misma en que sus párpados bajos nos preservan de la fascinación de la mirada aun indicándonosla, esa figura que, en lo visible, está enteramente vuelta hacia lo invisible, pero que nos lo ahorra, esta figura, para decirlo de una vez, que toma aquí el punto de angustia enteramente a su cargo, tampoco es por nada que ella suspende, que ella anula, aparentemente, el misterio de la castración.

Esto es lo que quise indicarles la vez pasada con mis observaciones y la pequeña encuesta que había hecho sobre la aparente ambigüedad psicológica de esas figuras. ¿Esto equivale a decir que, de alguna manera, haya posibilidad de confiarse, de asegurarse, en una suerte de campo que se ha llamado apolíneo, véanlo también noético, contemplativo, donde el deseo podría soportarse de una suerte de anulación *puntiforme*¹⁹ de su punto central, de una identificación de *a* con ese punto cero entre los dos ojos, que es el único lugar de inquietud que queda, en nuestra relación con el mundo, cuando ese mundo es un mundo espacial? Seguramente no, puesto que resta justamente ese punto cero que nos impide hallar, en la fórmula del deseo-ilusión, el último término de la experiencia.

Aquí, el punto de deseo y el punto de angustia coinciden, pero no se confunden. No solamente no se confunden, sino que dejan, para nosotros, abierto, ese “sin embargo” sobre el cual rebota eternamente la dialéctica de nuestra aprehensión del mundo. Y siempre la vemos resurgir en nuestros pacientes. Y sin embargo — he buscado un poco cómo se dice “sin embargo” en hebreo,²⁰ eso los divertirá — y sin embargo, ese deseo que, aquí, se resume en la nulificación de su objeto central, no es sin ese otro objeto que llama la angustia: él no es sin objeto. No es por nada que en este *no sin* les he dado la fórmula, la articulación esencial, de la identificación al deseo. Es más allá de “él no es sin objeto” que se plantea para nosotros la cuestión de saber dónde puede ser franqueado el impase del complejo de castración. Es lo que abordaremos la vez que viene.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:**

¹⁹ {*punctiforme*} — **dont il forme**

²⁰ “Y puesto que alguien se ha divertido al presentar mi nombre en ese debate, ¿por qué no divertirnos un poco? Puesto que Jacques, por un lado, es Israel, del que ha hablado uno de nuestros testigos en el seminario cerrado, Lacan, eso quiere decir *lacen*, en hebreo, es decir el nombre que conserva las tres consonantes antiguas que se escriben más o menos así. ¡Y bien, eso quiere decir, y *sin embargo* {*et pourtant*}! — cf. Jacques LACAN, Seminario 12, *Problemas cruciales para el psicoanálisis*, clase del 7 de Abril de 1965 (la traducción es mía).

RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

Anexo 1:

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 18ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **AFI** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destiné a ses membres. Paris, 1998.
- **JL** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Versión dactilografiada, reproducida en la página *web* de *l'école lacanienne de psychanalyse*: <http://www.ecole-lacanianne.net/index.php3>
- **FF/1** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Fuente fotocopiada todavía no clasificada, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-181/1 y CG-181/2.
- **IA** — Jacques LACAN, Seminario 10, *La angustia*, impreso exclusivamente para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Traducción: Irene M. Agoff, Revisión Técnica: Equipo de Traductores de la E.F.B.A. y la colaboración de Isidoro Vegh y Juan Carlos Cosentino. Esta versión publicada originalmente en fichas, cuya fuente francesa es **FF/1**, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como C-0698/01.